

Prefacio a la presente edición

La traducción al castellano de *Marx en los márgenes*, aunque sea más de una década después de la publicación original del libro, no solo es un texto pertinente, sino que llega en un momento adecuado. Al igual que cuando fue publicado, originalmente en inglés, el mundo se encuentra ante un momento de profunda crisis económica, política, social, cultural... Por un lado, en numerosas sociedades, desde los Estados Unidos hasta Brasil, desde Turquía hasta India, las instituciones y prácticas democráticas que tanto ha costado conseguir están siendo atacadas a un nivel que no veíamos desde el auge del fascismo durante los años treinta. En el lado opresivo de la balanza también encontramos sucesos estremecedores como la invasión imperialista rusa de Ucrania o los múltiples crímenes del imperialismo estadounidense, ya sea directamente en Irak, o con su estrangulamiento económico de Venezuela, e indirectamente, véase, a través de su apoyo a la brutal campaña militar saudí-emiratí contra Yemen. Por otro lado, nuestra era también es testigo directo de cómo los movimientos de trabajadores, mujeres, personas LGBTQ, jóvenes y ecologistas, están lanzando desafíos progresistas que cuestionan el orden social y político mundial, lo que no ocurría desde la década de 1960 a 1970. Este proceso es bien visible en distintos contextos, ya sea en Irán (2009), durante el periodo de revoluciones interregionales en Oriente Medio (2011-2012), o los estallidos en Chile, Perú y Francia, entre otros, de los últimos años. En resumen, nos encontramos en una encrucijada: el fascismo, la destrucción del medioambiente, la guerra y el imperialismo, por un lado, las nuevas y crecientes perspectivas para la verdadera liberación humana, por el otro.

Ante una realidad global profundamente contradictoria, el marxismo –y, en particular, el estudio en profundidad de los escritos originales de Marx– comienza a resurgir como discurso intelectual, pero también

como guía para los movimientos radicales y revolucionarios. En buena medida, ello se debe al profundo descrédito que sufre el neoliberalismo –e incluso el capitalismo en su conjunto– tras la crisis económica global que estalló en 2008.

Pero no fue la mala imagen del capitalismo post-crash la que provocó el resurgimiento del interés por Marx o el marxismo. Pese a que el apoyo al neoliberalismo ha disminuido entre las clases intelectuales, algunas de las críticas al marxismo –y al propio Marx– que se desarrollaron durante el apogeo del neoliberalismo siguen creando fuertes barreras en muchos sectores culturales y han alejado a las nuevas generaciones de Marx. Entre los críticos están quienes le describen como un pensador esencialmente conservador o, al menos, anclado en el siglo XIX: estatista, incluso autoritario; reduccionista y económicamente determinista; eurocéntrico y que presta poca atención al colonialismo, la raza, el género, la sexualidad y la destrucción medioambiental. Entre los académicos e intelectuales liberales, e incluso radicales, se han planteado toda una serie de críticas en este sentido, el de que Marx es un pensador obsoleto porque malinterpretó –o no abordó– muchas de las preocupaciones clave de quienes luchan por la justicia social y contra la opresión hoy en día.

Una de esas posiciones, sostenida por muchos anarquistas y libertarios, vincula a Marx con los movimientos y regímenes autoritarios. Estos críticos señalan que el Estado moderno como institución de dominación ha alcanzado su forma más opresiva no solo bajo el fascismo, sino también bajo el estalinismo, el maoísmo y sus vástagos, como la Camboya de Pol Pot y Corea del Norte. En respuesta a esos ataques, muchos estudiosos contemporáneos han producido toda una literatura que muestra que Marx se oponía tanto al Estado centralizado moderno como al capital, y que además apoyaba los movimientos democráticos de su época. Esto se ve, subrayan los académicos, en sus escritos sobre el bonapartismo o la Comuna de París y en su profundamente antiestatista *Crítica del Programa de Gotha* (1875). Sin embargo, a pesar de su importancia, este debate no es central en el libro que tienes entre manos: *Marx en los márgenes*.

Más bien, este volumen se centra en el segundo conjunto de críticas a Marx. Estas señalan que, al concentrarse en la explotación y la alienación de la clase obrera, Marx minimizó, ignoró o incluso excluyó otras formas de opresión y dominación. Si bien han surgido trabajos recientes que muestran la profunda preocupación de Marx por el género, la raza, el nacionalismo, el colonialismo y la destrucción del medio ambiente,

no existe tanta evidencia sobre sus posiciones en torno a la sexualidad, entendida en el sentido que le atribuyen los debates LGBTQ contemporáneos. Mi libro, escrito como parte de esta segunda corriente de respuestas a los críticos de Marx, se apoya en un importante corpus de trabajos publicados antes de los años setenta, pero también después, destacando, entre otros, pensadores como Lawrence Krader, Hans-Peter Harstic, Raya Dunayevskaya, Teodor Shanin, Adrienne Rich, Erica Benner, Michael Löwy, August Nimtz y Thomas Patterson.¹ Desde la primera edición de *Marx en los márgenes* en 2010, esta corriente se ha ampliado considerablemente, con nuevos e importantes trabajos producidos por Heather Brown, Gilbert Achcar, Lucia Pradella, Kohei Saito, Marcello Musto, David Norman Smith y Frieda Afary, entre otros.²

La mayoría de estos trabajos se han basado en los escritos del último Marx, procedentes del periodo posterior a la publicación de la primera edición de *El capital*, Vol. I (1867). La mayoría de ellos se han basado también en sus conocidas cartas y notas sobre Rusia (1877-1882), en textos como sus «Cuadernos etnológicos» (1880-82), en sus cuadernos ecológicos de la década de 1870 o en sus ensayos menos conocidos sobre raza, etnicidad y nacionalismo, especialmente los relativos a Polonia, Irlanda y la guerra civil en los Estados Unidos. En efecto, la atención que la actual *Marx-Engels Gesamtausgabe* (MEGA) ha prestado a sus voluminosos

- 1 Krader, L. (1974), *The Ethnological Notebooks of Karl Marx*, Uitgeverij Koninklijke Van Gorcum, Assen; Harstic, H.S., *Karl Marx über Formen vorkapitalistischer Produktion*, op. cit.; Dunayevskaya, R. (1991[1982]), *Rosa Luxemburg, Women's Liberation, and Marx's Philosophy of Revolution*, University of Illinois Press, Urbana; Shanin, T. (1983), *Late Marx and the Russian Road: Marx and the «Peripheries» of Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York; Rich, A. (2001[1991]), «Raya Dunayevskaya's Marx», en *Arts of the Possible: Essays and Conversations*, Norton, Nueva York, pp. 83-97; Benner, E. (1995), *Really Existing Nationalisms: A Post-Communist View of Marx and Engels*, Oxford University Press, New York; Löwy, M. (1998), *Fatherland or Mother Earth? Essays on the National Question*, Pluto Press, Londres; Nimtz, A.H. (2003), *Marx, Tocqueville, and Race in America*, Lexington Books, Lanham; Patterson, T.C. (2009), *Karl Marx, Anthropologist*, Routledge, Nueva York.
- 2 Brown, H. (2012), *Marx on Gender and the Family: A Critical Study*, Brill, Leiden; Achcar, G. (2013), *Marxism, Orientalism, Cosmopolitanism*, Haymarket Books, Chicago; Pradella, L. (2015), *Globalisation and the Critique of Political Economy*, Routledge, Londres; Saito, K. (2017), *Karl Marx's Ecosocialism*, Monthly Review Press, Nueva York; Saito, K. (2023), *Marx in the Anthropocene*, Cambridge University Press, Nueva York; Musto, M. (2020), *The Last Years of Karl Marx*, Stanford University Press, Stanford; Smith, D.N. (2021), «Accumulation and Its Discontents», en Marcello, M., ed., *Rethinking Alternatives with Marx*, Palgrave-Macmillan, Nueva York, pp. 151-215; Afary, F. (2022), *Socialist Feminism: A New Approach*, Pluto Press, Londres.

cuadernos de extractos, así como las cuidadosas distinciones de esta edición entre la obra de Engels y la del propio Marx, han desempeñado aquí un papel nada desdeñable. Sobre Engels, hay que mencionar que la Parte II del *MEGA*, ahora completa, comprende todas las versiones de la crítica de Marx a la economía política, desde los *Grundrisse*, pasando por los borradores manuscritos de *El capital*, hasta las diversas ediciones de esa obra —alemana, francesa o inglesa— que aparecieron en vida de Marx y Engels. Junto con la disponibilidad de los cuadernos de Marx en las últimas décadas, estas publicaciones han permitido nuevas reconstrucciones de los conceptos centrales de Marx. También han facilitado mantener una postura más crítica hacia Engels en tanto que editor de *El capital*, sea en términos de la publicación póstuma de los volúmenes II y III a partir de los borradores de Marx, o de sus decisiones editoriales respecto a las diferencias textuales entre la edición francesa de Marx de *El capital*, Vol. I (1872-1875) y su última edición alemana (1873).

En buena medida, al centrar *Marx en los márgenes* en los últimos años de Marx (1869-1883), pasaron a primer plano varias cuestiones: (1) Los escritos de Marx y Engels en torno al año 1870 sobre Irlanda y la revolución, que derrocaron la noción teleológica de que una revolución obrera británica precedería necesariamente a la liberación nacional irlandesa, argumentando, en cambio, que la segunda podría inspirar a la primera; (2) los escritos de Marx de 1877-1882 sobre la comuna campesina en la Rusia agraria, donde crecían los movimientos revolucionarios, donde se discutía ampliamente *El capital*, y donde conceptualizaba las antiguas estructuras comunistas de estas aldeas como bases para una revolución comunista que podría enlazar con los socialistas de la clase obrera de Europa occidental; (3) la edición francesa de *El capital* de Marx de 1872-1875, donde ciertos pasajes dejados de lado por Engels en lo que se convirtió en la edición alemana estándar (1891) apuntaban a una teoría más multilineal del desarrollo histórico donde proceso de lo que él denominaba «la acumulación primitiva de capital» trazaba una trayectoria que solo se aplicaba a Europa Occidental; (4) sus voluminosos cuadernos de extractos durante los años 1879-1882, muchos de ellos centrados en formas agrarias, rurales y populares de comunismo o en sociedades indígenas que no habían desarrollado la agricultura, con un enfoque geográfico en el subcontinente indio, las Américas, el norte de África y la antigua Roma. En estos cuadernos y en otros lugares, la postura de Marx de 1848-1853 hacia el colonialismo británico en la India y China, donde delineó lo que consideraba rasgos tanto positivos como opresivos, sufrió

un cambio decisivo, y lo hizo hacia una oposición implacable. En los cuadernos de 1879-1882, que sumaban miles de páginas, Marx también se centró en el género y la familia, especialmente en las notas relativas a la Norteamérica indígena y Roma.

Este Marx tardío se convirtió en el aspecto más ampliamente debatido de *Marx en los márgenes*, lo que ayudó a poner de relieve que sus últimos escritos constituyen un periodo importante de la vida de Marx, en el que también encontró nuevas salidas creativas para su obra. El número relativamente amplio de lectores que alcanzó en varios idiomas ayudó a llamar la atención sobre el Marx tardío como una fase especial, quizás incluso comparable en importancia al Marx joven; un proceso que había comenzado en los años setenta y principios de los ochenta con el trabajo pionero de Dunayevskaya, Krader, Harstick y Shanin. En el momento de escribir estas líneas, se ha vuelto relativamente común otorgar un mayor énfasis al Marx tardío, incluso en las obras más generales sobre este autor, como las biografías e introducciones a su trabajo. Da buena cuenta de ello la muy criticada biografía de Gareth Stedman Jones, la primera en dedicar un espacio importante al Marx tardío, aunque principalmente para menospreciar este periodo de su obra y tildarlo de poco original. Esto es frecuente en muchas ediciones contemporáneas, como la nueva introducción a Marx de Ryuji Sasaki, que concedió un tercio del libro respectivamente al joven Marx, a *El capital* o textos afines, y al Marx tardío.³

Me gustaría subrayar el hecho de que *Marx en los márgenes* sostiene que los cuadernos de Marx y otros escritos de sus últimos años no eran investigación pura, o al menos no un tipo de sociología comparativa como la que más tarde llevó a cabo Max Weber para resolver el «enigma» de por qué el capitalismo moderno se originó en Europa Occidental y no en Asia u Oriente Medio. Por el contrario, argumento que los cuadernos de Marx formaban parte de una búsqueda de nuevos temas revolucionarios en un momento en que el movimiento obrero en Europa Occidental se había vuelto inactivo tras la derrota de la Comuna de París en 1871. En este sentido, la evocación por parte de Marx de las comunas rurales de Rusia como espacios para la revolución no solo se refería a Rusia, sino

3 Stedman Jones, G. (2016), *Karl Marx: Greatness and Illusion*, Harvard University Press, Cambridge; Sasaki, R. (2021), *A New Introduction to Karl Marx*, Palgrave-Macmillan, Nueva York.

también a muchas otras sociedades que estudió (Asia, África y América Latina), imbuidas todas en formas comunales de trabajo y propiedad.

Un segundo aspecto sobre *Marx en los márgenes* que llamó considerablemente la atención tras su publicación fue su foco sobre el nacionalismo, la raza y la etnia como palancas para la revolución y la oposición al dominio del capital y el Estado moderno. Sin duda, la raza, la etnia y el nacionalismo siempre han servido como puntales para el dominio de clase y el imperio. Pero Marx consideró el asunto dialécticamente. Por ejemplo, al teorizar algunas formas de nacionalismo como potencialmente revolucionarias, señaló a aquellas que tenían un programa democrático y progresista.

En sus escritos sobre Polonia y Rusia, especialmente tras el levantamiento de 1863, Marx veía la liberación nacional polaca como parte de una lucha más amplia por la democracia y el socialismo en toda Europa. No tenía nada que objetar a las pretensiones de la potencia emergente, Rusia, de tener una esfera de influencia y, como la mayoría de los pensadores radicales de su generación, consideraba a la Rusia zarista como la potencia mundial que mayor amenaza contrarrevolucionaria constituía. Por esta razón, tanto él como Engels escribieron numerosos artículos y manifiestos en apoyo a Polonia, señalando especialmente el ala revolucionaria de su movimiento nacionalista, que abogaba por la transformación agraria en líneas socialistas como un mecanismo para emancipar a los campesinos y fortalecer la lucha nacional. Marx también acusó a los Estados británico y francés, excepto durante el periodo jacobino de la revolución francesa, de haber traicionado a Polonia en numerosas ocasiones. Estas traiciones, señalaba, socavaron los esfuerzos por lograr la democracia y el poder obrero dentro de Europa Occidental.

A principios de la década de 1860, durante la guerra civil en los Estados Unidos, la cuestión sobre raza y clase pasaron al primer plano. Dado que la reivindicación de independencia del Sur se basaba en el apoyo explícito a la esclavitud de los negros a gran escala, constituía una forma de nacionalismo que carecía incluso de un ápice de contenido progresista, a la que Marx se oponía rotundamente. En *El capital* y en algunos escritos periodísticos y cartas, indicaba que la clase obrera estadounidense nunca podría desarrollar una verdadera autoconciencia proletaria ni una verdadera organización obrera nacional hasta que no se desarraigara la esclavitud. Esto último solo ocurriría en 1866, tras la guerra, principalmente entre los obreros industriales del norte. Marx esperaba que el fin forzoso de la esclavitud —en parte como resultado

del valiente servicio de las tropas negras en los ejércitos del norte, en parte debido a otras formas de resistencia negra— abriera las puertas a una alianza interracial de los trabajadores. A pesar de la barrera del racismo blanco, este proceso se culminó con la formación de la Unión Nacional del Trabajo en 1866, un fenómeno principalmente norteamericano. También se vio en el Sur, donde Marx nunca renunció a convencer a los trabajadores blancos, considerándolos aliados potenciales de la clase obrera negra, a pesar de su profundo racismo y confusión.

De forma similar, en sus escritos sobre Irlanda durante los años 1869 y 1870, Marx observó cómo el intenso prejuicio entre los trabajadores ingleses hacia los trabajadores inmigrantes irlandeses iba de la mano con el de los trabajadores blancos de los Estados Unidos hacia los negros, lo cual atenuaba y distorsionaba su conciencia social. Al mismo tiempo, la doble opresión de los campesinos irlandeses, que se basaba tanto en el antagonismo de clase hacia los estratos sociales de los terratenientes como en el nacionalismo anticolonial. Debido a que muchos de ellos eran británicos, el dominio capitalista se podría conducir, de forma dialéctica, a formas más profundas de conciencia revolucionaria. De este modo, Marx sostenía en 1869 y 1870 que un levantamiento campesino irlandés sacudiría la principal potencia industrial del mundo, Gran Bretaña, socavando no solo el Estado británico, sino también las actitudes prejuiciosas de los trabajadores británicos hacia sus homólogos irlandeses. Si un levantamiento campesino irlandés lograra avanzar, y además fuera acompañado por otro brote revolucionario en Francia, escribió, una revolución anticapitalista a escala europea podría estar a la orden del día a medida que la fiebre se extendiera a la clase obrera de la potencia industrial preponderante de la época, quizá Gran Bretaña pudiera volver a tirar los dados. Mi análisis acerca de las consideraciones de Marx sobre el nacionalismo, la raza y la etnicidad se centra en cómo teorizó los diversos factores descritos: no solamente como estructuras sociológicas, ni siquiera solo como fuerzas que socavaban la conciencia de clase y fomentan los prejuicios desenfrenados de los trabajadores blancos en los Estados Unidos hacia los negros o el de los trabajadores ingleses hacia sus colegas inmigrantes irlandeses. Marx se centró además en cómo el nacionalismo, la raza y la etnia podían convertirse en fuentes de conciencia y acción revolucionaria. Estos adoptaban la forma de «aditivos» a la conciencia de clase, era factores que a veces operaban junto a ella, pero que cobrar aún más fuerza si se empezaban a superar los prejuicios de los trabajadores de los grupos étnicos dominantes.

Esto era algo que podía ocurrir en el fragor de la lucha. Por ejemplo, las organizaciones democráticas y obreras francesas traicionaron en ocasiones a Polonia, pero llegaron a abrazar firmemente su causa durante sus propios momentos revolucionarios, como en la revolución de 1848 o la Comuna de París de 1871. De forma similar, el racismo no solo atenuó el desarrollo de la conciencia en la clase obrera estadounidense, sino que también introdujo algunas contradicciones explosivas. Otra muestra de ello: los acontecimientos de la guerra civil, y especialmente el papel desempeñado por la resistencia negra, permitieron volver a tirar los dados, gracias a lo cual nacieron formas de conciencia más claras y revolucionarias en el seno de la clase obrera blanca. Del mismo modo, la centenaria lucha irlandesa, que estaba alcanzando un nuevo punto álgido hacia 1870, conllevaba la posibilidad de una conflagración que podría haber desencadenado una revolución a escala europea.

Si bien Marx consideró en su especificidad histórica y sociológica cada uno de estos casos sucedidos a escala nacional, la consistencia de su trabajo radicaba en analizar otros principios igualmente importantes. En ocasiones, los obreros y socialistas de Alemania o Polonia miraban a grandes potencias como la Francia bonapartista o Gran Bretaña en busca de socorro contra la potencia más reaccionaria de la época, la Rusia zarista. Por ejemplo, en el seno del Consejo General de la Primera Internacional en Londres, Marx y otros revolucionarios de la Europa continental tuvieron que discutir con obreros ingleses que estaban ansiosos por apoyar a la lejana Polonia, pero no veían con suficiente claridad la necesidad de apoyar también a Irlanda, contra la que albergaban prejuicios étnico-religiosos seculares. Analizando hoy una cuestión de orden similar, podría decirse que necesitamos apoyar no solo a los latinoamericanos que luchan por la justicia social y la independencia real del coloso estadounidense, la mayor potencia imperialista del mundo, sino también, si queremos ser coherentes, las justas reivindicaciones del pueblo ucraniano.

Al igual que los revolucionarios polacos o irlandeses de la época de Marx, los ucranianos de hoy luchan por la verdadera independencia y la democracia real. Lo están haciendo frente al régimen ruso actual, imbuido de rasgos capitalistas modernos, pero que adopta de forma explícitamente la retrógrada ideología zarista e imperialista que Marx, en su propia época, combatió como una forma extrema de contrarrevolución. Invertiendo ese argumento, también podríamos exigir coherencia a los «amantes de la libertad» situados en los Estados Unidos y otros países,

que condenan a Rusia, pero guardan silencio sobre las depredaciones del imperialismo estadounidense en América Latina y Oriente Medio.

A nivel más general, como debería ser obvio a estas alturas, en este libro he intentado tender un puente entre dos corrientes: por un lado, aquellas que analizan y luchan contra la dominación de clase, la que ejerce el capital; y por otro, nuevas formas de análisis y práctica en la lucha contra las opresiones arraigadas en la raza, el género, la sexualidad y la destrucción del medioambiente. He intentado demostrar que el propio Marx no sería «marxista» —como él mismo declaró una vez en otro contexto— si eso significa ser alguien que se ocupa del capital y de la clase excluyendo o minimizando otros lugares de opresión y resistencia importantes. Marx era alguien que acusaba a los trabajadores alemanes y franceses por sus actitudes condescendientes y su traición a Polonia, a los trabajadores blancos estadounidenses por su racismo y a los trabajadores ingleses por sus prejuicios anti-irlandeses. Más que eso, veía a los negros esclavizados, a los campesinos polacos e irlandeses y, en un contexto diferente, a los campesinos rusos, no solo como objetos sometidos a múltiples formas de opresión, sino como seres humanos vivos y pensantes, a su vez importantes sujetos revolucionarios cuyas acciones podían sacudir el mundo.

Ayudar a las nuevas generaciones a descubrir la multidimensionalidad de Marx desempeñará, espero, al menos un pequeño papel a la hora de hacer que quienes luchan contra las formas modernas de opresión dialoguen con la obra marxista en su conjunto, incluida su crítica fundacional del capital y la clase. Pero, teniendo en cuenta todos los temas que contiene *Marx en los márgenes*, y dada la presente traducción al castellano, ¿cómo se dirige la obra, no a la actualidad en general, sino en particular a los cientos de millones de lectores de una lengua que se esfuerzan por pensar la lucha y la revolución?

Para los lectores preocupados de manera más concreta por España, gran parte de la discusión sobre etnicidad y nacionalismo puede conectarse con la historia del país. De hecho, la República española de los años treinta constituyó el acontecimiento más revolucionario de una época en la que la mayor parte del mundo sucumbía al atractivo del fascismo. En España, los obreros, los campesinos y los intelectuales revolucionarios lucharon hasta el final y podrían haber triunfado, de no ser por las traiciones de los países «democráticos» y la hipocresía de la Rusia de Stalin. La república no solo alumbró el autogobierno obrero y campesino, sino que también reconoció a un nivel profundo las demandas de autonomía de Euskal Herria y Catalunya, lo cual, en parte, las hizo tan

radicales. Al considerar su historia, así como sus manifestaciones más recientes, los escritos de Marx analizados en este libro tienen, espero, una relevancia más que meramente casual.

Para los lectores preocupados por América Latina, Marx entendía que ciertas formas de nacionalismo pueden ser revolucionarias, y eso sigue siendo válido en acontecimientos tan dispares como la Revolución Sandinista de Nicaragua de 1979, o en las décadas de esfuerzos de Chile para liberarse del sistema capitalista, centrado en última instancia en someter al país a las lógicas de América del Norte. Al mismo tiempo, la preocupación de Marx por aquellas formas de nacionalismo que, al intentar despertar al pueblo para la lucha contra el colonialismo, buscaban cambios radicales en la estructura de clases de la sociedad como manera de fortalecer la nación, sirve también como advertencia contra las formas más limitadas de entender el populismo.

Una segunda dimensión de este libro que conecta con América Latina se centra en el comunismo indígena en las Américas. En la primera página de sus cuadernos de 1879-1882 sobre las sociedades indígenas y comunales, Marx se centra en los botocudos de Brasil, a quienes compara con los dakotas de las llanuras norteamericanas, subrayando la ausencia casi total de propiedad privada en estas sociedades. Su estudio de América Latina, al final de su vida, se centró primero en los incas y luego en los aztecas, seguido de notas sobre cómo estas sociedades se vieron afectadas por el colonialismo español y, poco después, por la trata de esclavos africanos. Al tiempo que enfatiza la destructividad del colonialismo, Marx señala la persistencia de formas comunales de propiedad y trabajo, incluso después de que el capitalismo fuera introducido desde Europa. Es triste que las notas de Marx, publicadas en la década de 1970, no estuvieran al alcance de algunos de los más grandes pensadores marxistas del pasado, sobre todo de José Carlos Mariátegui, que consideró estas cuestiones en la década de 1920. El tipo de teorización que Marx estaba llevando a cabo al final de su vida podría vincularse de hecho a las luchas de los movimientos sociales actuales en lugares como Perú. La lucha de este pueblo peruano exhibe dimensiones de clase, étnicas e indígenas, que podrían conectarse con casi todos los aspectos de la teoría de Marx discutidos en el presente libro.

Al escribir estas frases, solo pretendo indicar algunas líneas de pensamiento que conectaran los temas de *Marx en los márgenes* con España y América Latina, tanto históricamente como en la actualidad.

Dejo el resto a mis lectores, que son siempre los árbitros finales...